

gorias poco naturales, que se critican en algunos, no estaban propiamente destinadas para explicar el texto sagrado, ni servir de pruebas de las verdades negadas por los infieles. Estos hombres zelosos se aprovechaban de todos los medios, y de todas las ocasiones de instruir y edificar á los fieles, de mover á la virtud, y hablar de los misterios de la fe, y de la moral del Evangelio¹... La santa Escritura les era tan familiar, y tomaban tanto placer en recitar sus palabras, que muchas veces hicieron aplicaciones ingeniosas, sin pretender derogar por eso á su sentido literal. Los Crisóstomos, los Leones, Ciprianos, Tertulianos, y otros muchos no necesitan de esta justificacion, porque la fuerza de su raciocinio iguala á la rapidez de su elocuencia. Vicente de Lerin² decia de este último, que *sus escritos contenian tantas sentencias como palabras; y que estas sentencias eran otras tantas victorias.*

de Libanio, al sentido exacto y jugoso, á la precision, energía y verdadero aticismo de San Basilio! Qué diversidad no se nota, aun en medio de la decadencia de Occidente, entre el pedantismo de Symmaco, y la amenidad natural, noble y pura sencillez de un San Ambrosio!

¹ Quid enim? dum omni modo, sive per occasionem, sive per veritatem Christus annuntietur (*Philipp.* i, 18). Ex his quæ animus novit, surgat ad incognita, quæ non novit: quatenus exemplo visibilium se ad invisibilia rapiat, et per ea, quæ usu didicit, quasi confricatus incalescat (*Gregorio Magno, homilia 11 in Evangelium.*). — Véase la *Apología de los PP. de Ceillier contra Barbeyrac*. Todo lo que este fogoso protestante, igualmente que Daleo y otros de la misma comunión, han dicho para debilitar la autoridad de los PP., y el respeto que siempre se les ha tenido en la Iglesia de Dios, no prueba mas que la imposibilidad, reconocida por todos los sectarios, de acomodar la doctrina de aquellos con sus nuevas opiniones. Daleo fué vigorosamente refutado por un anglicano, que se unió á los católicos, contra el Tratado de este ministro tan injurioso á los PP. (*M. William Reeves, autor de una traduccion inglesa de las Apologías de San Justino, Tertuliano, etc.*) La oposicion general de la doctrina de los PP. con la de las nuevas sectas, está reconocida por los mas doctos protestantes. Casaubon confesaba que la autoridad de los PP. le oprimia. Du Moulin se vió reducido á tachar de supuestas sus obras mas auténticas. Tomás James se imaginaba que los católicos las habian alterado todas.

ARTÍCULO VI.

De los efectos del Cristianismo.

§ 1.

368. *P.* ¿Cuál es la confutacion mas sensible y victoriosa de todos los errores de la incredulidad?

R. La conducta de un hombre, que vive segun las leyes del Cristianismo. No hay cosa que demuestre mas bien la debilidad de la filosofia profana, como el observar á un verdadero cristiano, que expresa en sus costumbres el espíritu de la ley que profesa. Entonces se puede con verdad decir, que el árbol se conoce por los frutos, y la causa por sus efectos. Las palabras de los filósofos son magnificas, decia San Cipriano, pero la vida de los cristianos es una filosofia práctica: de un lado están los discursos, del otro los hechos¹. Un filósofo tan poco consiguiente (*J. J. Rousseau*), que refuta sus mismos errores, rinde un homenaje preciosísimo á esta verdad: « El último recurso que se debe usar contra el incrédulo, » dice, es moverle, mostrándole un ejemplo que le » atraiga, haciéndole tan amable la Religion que no » pueda resistir... ¡Qué argumento mas poderoso contra » el incrédulo que la vida de un cristiano! ¡Qué escena » para su corazón, cuando sus amigos, su esposa, sus » hijos concurren todos á instruirle, edificándole! » ¡Cuando sin predicarle á Dios en sus razonamientos, » se lo muestran en las acciones que les inspira, en las » virtudes de que es autor, en el contento que se siente » en agradarle! ¡Cuándo verá brillar en su casa esta » imagen del Paraiso! ¡Cuándo llegará el dia en que se » vea obligado á decir: no, el hombre no es tal por su » naturaleza, aquí hay alguna cosa mas que humana². »

¹ Nos autem, fratres dilectissimi, qui philosophi non verbis, sed factis sumus, nec vestitu sapientiam, sed veritate præferimus, qui virtutum conscientiam magis quam jactantiam novimus: qui non loquimur magna, sed vivimus quasi servi, et cultores Dei. *Cyprian. de bono patientiæ. Serm. III.*

² Cuando la filosofia es prudente, su lenguaje se asemeja al de los

369. *P.* Pero por mas santa que sea la ley cristiana, ¿no vemos á muchos de sus hijos deshonorarse con todos los vicios del paganismo?

R. Hablando de los efectos de la Religion en comun (L. 1, c. 5, § 3), hemos demostrado ya la insubsistencia y frivolidad de esta observacion; añadiremos ahora: 1º que para que pudiera valer contra el Cristianismo, se debería mostrar, que un cristiano que vive segun la fe, no sería mejor que lo sería un gentil, un turco, un chino, que viviesen segun la suya. 2º Á pesar de todos los crímenes de los cristianos, los buenos efectos del Cristianismo son sensibles: por poco conocimiento que se tenga de las costumbres y del gobierno de las naciones paganas, no se puede menos de bendecir la Providencia por haber ilustrado á los hombres con una Religion, que ha hecho una mutacion tan feliz en ellos. Á proporcion que se ha ido propagando y extendiendo en el mundo, el mundo se ha renovado, y se han visto crecer en él los frutos de la honestidad y de la virtud sobre las ruinas del vicio y de los mas monstruosos desórdenes, que lo desfiguraban¹, é infamaban. San Pablo, testigo ocular de esta revolucion dichosa, no temia ser desmentido al recordar repetidas veces á los fieles cuales habian sido ellos mismos antes de su conversion, y cuales eran ya despues de haberse convertido². En una palabra, lo que es una antorcha brillante en un lugar oscuro y tenebroso; lo que es el hermoso astro del dia, cuando ahuyenta las tinieblas de

Apóstoles y los Santos. El ciudadano de Ginebra discurre aquí con poca diferencia como San Pedro cuando decia: — *Conversationem vestram inter gentes habentes bonam...*, ut ex bonis operibus vos considerantes, glorificent Deum in die visitationis. *I Petr.* II, 12.

1 Ego quasi terebinthus extendi ramos meos, et rami mei honoris et gratiae. Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris, et flores mei fructus honoris, et honestatis. *Eccli.* xxiv, 22, 23.

2 Eramus enim aliquando et nos insipientes, increduli, errantes, servientes desideriis, et voluptatibus variis, in malitia et invidia agentes, odibiles, odientes invicem. Cum autem benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei, etc. *Ad Tit.* III. Et haec quidem fuistis, sed abluti estis, sed sanctificati estis, etc. *I Cor.* VI. Fuistis enim aliquando tenebrae, nunc autem lux in Domino. *Ephes.* V.

la noche; eso ha sido el Cristianismo para el universo.

370. *P.* ¿Pues cómo es que nuestros filósofos no cesan de hacer paralelos entre los Cristianos y Gentiles, y dan siempre á estos la preferencia sobre aquellos?

R. Porque no hay cosa, por evidente que sea, sobre la cual no pueda cegarse el hombre hasta el extremo de no verla; porque las pasiones, cuando el hombre se abandona á ellas, extravian el espíritu; y el prurito de hacerse singular, y proponer paradojas; trastorna todas las ideas recibidas. Por lo demás, parece seguro que en esta conducta de los filósofos hay menos ignorancia y ceguedad, que malicia y deseo de engañar á los sencillos. Pero en efecto, ¿piensan que no sabemos, ó quieren ocultarnos los desórdenes públicos, aprobados, autorizados, y consagrados entre las naciones mas cultas, como los Griegos y Romanos, etc.? ¿Tan necios nos hacen que no sepamos que la modestia, el pudor, la decencia estaban desterrados de Esparta? que la disolucion de los Lacedemonios habia pasado á proverbio en toda la Grecia? que el vicio contra la naturaleza habia inficionado todas aquellas naciones? que los Atenieses eran un pueblo frívolo, inconstante, envidioso, supersticiosísimo, voluptuoso, ingrato, injusto, cruel? ¿que su república estaba en una revolucion continua, siempre tumultuosa, agitada por las intrigas y facciones, y abandonada á la merced del mas atrevido y fogoso arengador?... que el pueblo romano, compuesto todo de soldados, tuvo siempre un carácter feroz, injusto, violento?..... Hemos leído en Tácito, Suetonio, Amiano Marcelino, los terribles efectos de los espectáculos bárbaros del anfiteatro; en Ovidio y Juvenal la influencia que tenia sobre las costumbres la obscenidad de los cómicos y pantomimos; en Terencio y Luciano las funestas impresiones que hacian las estatuas impúdicas, y pinturas deshonestas expuestas en las plazas públicas¹;

1 Aun cuando se ignorase en un todo la historia de Roma y de Grecia, las ruinas de Herculano serian una elocuentísima prueba de esta asercion. Los excesos mas abominables eran allí celebrados como virtudes sublimes, y no se pueden mirar las imágenes que han quedado sin estremecerse. Debía haber llegado el vicio al mas alto grado, cuando la pintura y escultura se empleaban en conservar su

en Ovidio las vergonzosas é indignas suplicas, ruegos, y oraciones que hacian y dirigian los paganos á sus dioses; y en todos los historiadores de aquellos tiempos, los abominables excesos de impudicia que aconsejaban los filósofos, ó estaban consagrados por su Religion¹; los ultrajes hechos á la humanidad en el modo con que trataban á los esclavos; la barbarie de los combates de los gladiadores; los trastornos continuos de los Estados por las sediciones, y guerras civiles; los asesinatos frecuentes de los Príncipes y de los Reyes; y la chocante extravagancia de la Idolatría. Es inútil extendernos á mas pormenores sobre esto, ni cargar mas esta pintura, despues de lo que insinuamos ya (lib. 3, c. 2, § 5) con Bossuet, y lo que se lee en el *origen de las leyes* de M. Goguet (t. V, c. 5), en la *Apología de la Religion* (cap. 11), en el *Diccionario filosófico de la Religion* (t. I, p. 348), etc. etc. Medio siglo solo de paganismo nos presenta excesos infinitamente mas enormes, que todas las monarquías cristianas desde que el Cristianismo empezó á reinar en el mundo.

memoria, en inmortalizarle, y hacer de él el ornamento de una ciudad. Si no hubiera sido por el zelo de los cristianos que inmolaron todos estos vestigios de la abominacion á la pureza de las costumbres, se verian hoy en todas las ciudades romanas, lo que se ve en Herculano, ciudad conservada bajo las lavas del Vesubio, segun y como estaba el año 80 de la Era cristiana. — M. de Fourgeroux de Bondaroy (*Investigac. sobre las ruinas, etc.*), procura debilitar la fuerza de estas pruebas con explicaciones inadmisibles. Los monumentos de las naciones son la imagen subsistente de sus costumbres, y cuando estos monumentos están consagrados al vicio, eternizan, para servirnos de la expresion del sabio, la vergüenza de su disolucion y de la locura. Sapientiam enim prætereuntes, non tantum in hoc lapsi sunt ut ignorarent bona, sed et insipientia suæ reliquerunt hominibus memoriám, ut in his quæ peccaverunt, nec latere potuissent. *Sap. X, 8.*

¹ Sobre este asunto puede verse una hermosa oracion latina de de Juan Conrado Rungio: De Romanorum luxuria, et corruptissimis moribus, quibus rempublicam, libertatem, et amplissimum imperium corruerunt; et pessumderunt. Harderwick, 1718, in 4º. * Véase el t. 1º de la *Biblioteca*, pág. 313, 316, 317, 322 y 401.

§ 2.

371. *P.* ¿No debe atribuirse mas bien á la filosofia, y al cultivo de las letras esa feliz revolucion en las costumbres, con que honrais al Cristianismo?

R. La filosofia y las letras fueron cultivadas por los Griegos y los Romanos, así como por los Cristianos, y no hicieron en ellos mudanza alguna en el estado de las cosas; por donde podemos con razon concluir, que está reforma no es obra suya, sino del Cristianismo; consecuencia justa que han aprobado tambien personas respetadas por los filósofos. « Nuestros Gobiernos modernos, dice J. J. Rousseau (*Emile*, t. III, p. 200), » incontestablemente deben al Cristianismo la solidez de » su autoridad, y el que las revoluciones sean menos » frecuentes: los ha hecho además menos sanguinarios, » como se prueba por el hecho comparándolos con los » Gobiernos antiguos. La Religion mejor conocida, de » testando el fanatismo, ha dulcificado las costumbres » cristianas. Esta mutacion no es obra de las letras; por » que donde aquellas han brillado, no ha sido mas res- » petada la humanidad. Las crueldades de los Atenienses, » de los Egipcios, las de los Emperadores Romanos, y » de los Chinos lo testifican, y nos dan fe de ello. » Montesquieu apoya tambien esta observacion de Rousseau (*Espiritu de las leyes*, lib. 24, c. 3): « Mientras que los » Príncipes mahometanos, dice, incesantemente matan, » y son muertos, la Religion entre los Cristianos hace á » los Príncipes menos tímidos, y por consiguiente menos » crueles. El Príncipe confia en sus súbditos, y los súbditos se fian en su Príncipe. ¡Cosa admirable! La Religion Cristiana, que parece no tiene otro objeto que la » felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra dicha » en ésta. La Religion Cristiana es la que, no obstante la » grandeza y extension del imperio, y el vicio del clima, » ha impedido que el despotismo se establezca en la » Etiopia, y la que ha llevado al centro del África las » costumbres, y leyes de Europa..... Pónganse delante » de los ojos, de una parte los asesinatos continuos de » los Reyes, y capitanes griegos y romanos, y de otra

» la destruccion de los pueblos y ciudades causada por
 » estos mismos jefes; á Thimur, y Gengiskan, que devas-
 » taron el Asia; y se hallará que debemos al Cristianismo
 » en el Gobierno un cierto derecho político, y en la guerra
 » un derecho de gentes, que la naturaleza humana nunca
 » podrá agradecer bastantemente..... » « Á la Religion
 » Cristiana, dice Beausobré (*Estudio de la política*, pá-
 » gina 401), se debe un Gobierno mas justo, mas libre,
 » mas ilustrado: débesele además la virtud de observar
 » las leyes de la humanidad en medio de las guerras mas
 » crueles. » « Observad las Galias, dice M. Moreau¹ al
 » principio del siglo V, y vereis á las leyes y á la Religion
 » gobernar casi por sí solas un país abandonado por la
 » debilidad de sus legítimos soberanos; sobrevivir á la
 » autoridad de estos; triunfar de un pueblo conquistador;
 » dulcificar sus costumbres, darle los principios de una
 » administracion arreglada, y aun servir á los vencidos
 » de salvaguardia contra el furor, é insolencia de los
 » vencedores. » Lo mismo sucedió en la Italia, cuando la
 » invadieron los Hunos. « ¡Qué otra Religion, dice un cé-
 » lebre magistrado, tiene la ventaja de haber hecho desa-
 » parecer los horrores del despotismo, el espectáculo
 » atroz y al mismo tiempo lastimoso de la esclavitud, el
 » desprecio de la humanidad, y toda la ferocidad de los
 » antiguos pueblos². »

¹ Lecciones de moral y de física, compuestas de orden y segun las ideas del Delfin difunto para la instruccion de sus hijos.

² M. Seguier, abogado general en el parlamento de París. *Parecer fiscal de 18 de agosto de 1770*. * Véase en el t. 1º de la *Bibl.* desde la pág. 375 hasta la 380. « Si se pudieran numerar las vidas de hombres y de animales que ha quitado la idolatría en todos los siglos y en todos los pueblos, quedaríamos absortos de admiracion y de compasion al ver la ruina del género humano. En una parte veríamos á la *Muerte* erigida en divinidad, sin poder saciar su voracidad con el sacrificio de cuanto respira y tiene vida. En otras observaríamos á Saturno y á Moloc hartarse de niños tiernos, sin decir jamás basta. Allá veríamos á los *Manes* de cada muerto levantados sobre sus sepulcros, pidiendo ser aplacados con la sangre de todos los enemigos del difunto. Aquí las *Deidades de la guerra* dando voces, y no prometiendo la victoria de las naciones enemigas sin que antes se degollasen en su honor á las mismas amigas que protegiam. Ni esto en una nacion ú otra: las mas bárbaras y las

§ 3.

372. *P.* ¿Y de dónde se derivan esa profunda sabiduría y virtudes sublimes de los Chinos, pues no han sido formados por las lecciones del Cristianismo?

R. 1º Los que tanto admiran y encomian los usos, costumbres y Religion de los Chinos¹, deberian manifestarles su estimacion por pruebas mas auténticas que simples declamaciones filosóficas, é injurias contra los Cristianos. Hasta ahora ningun sabio en Europa ha abrazado

mas cultas en esto todas eran iguales, y todas se veian regadas de sangre humana. Con ella se hacian las expiaciones; por ella se buscaban los augurios; con ella se solemnizaban los sacrificios; sobre ella, sobre las entrañas abiertas de un niño se juraban las conspiraciones: Roma en sus grandes conflictos solia ofrecer á sus dioses una *Primavera sagrada*, es decir, todo cuanto nacia en los meses de marzo y abril. Dinamarca consagraba el mes de enero degollando noventa y nueve hombres, otros tantos caballos, y gallos y perros. Cincuenta mil eran las víctimas humanas que necesitaba Meliéo al año para sacrificar á sus ídolos: estos mismos, compuestos de todas las semillas que comian, estaban amasados con sangre de corazones humanos. ¿Las supuestas atrocidades de los Españoles llegarían nunca á tanto exceso? Los Druidas.... Pero aparece el Cristianismo, y esta crueldad cesa. Si no hubiera hecho otro beneficio al género humano, nunca jamás podria este serle bastante agradecido. ¿Quién no detestará á esa impura filosofia que, desterrándole de los corazones, quiere volvernlos á aquellos tiempos de atrocidad supersticiosa? Siguen á su padre el diablo, que fué homicida desde un principio. Sigamos nosotros á Jesus, que es el camino, la verdad y la vida. Véase al P. Ceballos, *Falsa Filosofia, rea de crimen de Estado*, t. III. Disert. 3, art. 2. — O-Rian, *Bienfaits de la Religion Chrétienne*.

1 Nuestra bella filosofia acaso sobre ninguna materia ha prodigado mas las paradojas, que en los elogios de las naciones infieles. En un principio erigió en modelos de virtud y sabiduría á los antiguos paganos; luego á los Turcos, y despues á los Chinos: despues de estos han venido los habitantes de Otahiti: los Peruanos han sucedido á todos en los *Incas* de Marmontel; debemos esperar ver algun dia el panegirico de los caribes. Estos *virtuosos ciudadanos* de la América se comen á sus padres, cuando son viejos, para sustraerlos á las miserias de la decrepitud; y ya se ve, en esta comida no hay sino *humanidad y beneficencia*.

las leyes, usos, costumbres y religion china, y en la China sabemos que los Príncipes, los literatos, y un pueblo inmenso ha abrazado el Cristianismo con toda la firmeza de los primeros mártires. Luego que uno de nuestros filósofos haya sacrificado sus bienes, su libertad, su vida á la Religion de los Chinos, entonces examinaremos mas detenidamente lo que se debe pensar de ella.

2º Todas esas maravillas, que se nos cuentan de los Chinos, son cuentos refutados por la experiencia, y testimonio de los hombres mas instruidos del estado de aquel pueblo tan apreciado de los filósofos. El almirante Anson pinta á los Chinos como un pueblo vil, cobarde, esclavo, pérfido, poco industrioso, como no sea en el arte de engañar y mentir, y de una avaricia y bellaquería inconcebibles. Hasta los niños saben en la China que los mercadores tienen medidas falsas, y pesos infieles; y que si hoy se les quitan unas, al dia siguiente las sustituyen con otras; y así la única prueba que tiene de su buena fe, es la inscripcion que tienen en la puerta de sus tiendas: *Pou hou: aquí no se engaña á nadie*¹. Los mandarines, aun que literatos y discípulos de Confucio, se sirven de la autoridad de las leyes no para impedir los delitos, sino para enriquecerse con los bienes de los que los cometen. Casi todos sus castigos se reducen á multas y sobre estos fondos están consignadas las rentas mas seguras de los que componen sus tribunales. Estos sabios

1 Hé aquí como las *Memorias sobre la China* (Paris, chez Nyon, 1777, t. II), justifican á los Chinos contra la acusacion de hurto y mala fe en el comercio. « El comprador y vendedor tienen cada uno su peso; ¿de qué serviria pues tenerlas falsas? Si los mercadores chinos son tirios, cartagineses, griegos sobre el punto de la buena fe, esto procede de que solo el freno de la conciencia y de la religion puede contener la codicia en los límites de lo justo. » ¿Qué hemos de contestar á una respuesta semejante? *Todos los compradores están obligados á tener su peso; y esto prueba que los vendedores no son unos bribones.... Solo el freno de la conciencia y de la religion puede contener la codicia: si esto es así, y los Chinos, como supone la respuesta, no tienen este freno, ¿á qué exagerarnos la sabiduría y probidad de este pueblo? ¿á qué alabarnos y ponderarnos unas leyes, que nada pueden sobre la conciencia, ni valen á poner un freno, ni contener á la codicia?*

magistrados han hecho tantos progresos en la moral, que muchas veces se avienen con los ladrones para despojar á los extranjeros, y cuando los bandidos á quienes protegen no son fieles en pagarles su protección, entonces los castigan confiscándoles en su favor todos sus robos. El derecho de gentes es tan bien conocido en la China, que en el año de 1743 no podian concebir como el almirante Anson, que se habia apoderado de un galeon español, no habia principiado por asesinar á toda la tripulación¹ (*Viaje de Jorge Anson*, l. 3, c. 7). Por el mismo tiempo los marineros ingleses, despues de haber salvado en un incendio general á la ciudad de Canton, á la vista del mismo virey, fueron obligados á servir de salvaguardia á los mercadores chinos para preservarlos de que el populacho los saquéase. Tal es el buen orden, y gobierno de las ciudades de la China. El viajero inglés observa tambien, que su moral, aun en la especulativa, es muy limitada, é imperfecta; su gravedad y cortesania una pura afectacion; que los magistrados están corrompidos, el pueblo dado al latrocinio, los tribunales dominados por la intriga y venalidad; el Gobierno débil, y expuesto á ser invalido por un puñado de aventureros. Por otra parte se sabe que el palo, y no las leyes, ni la moral, es lo que gobierna la China. Ni este aserto es solo de este

1 Algunos misioneros han tratado de confutar estas observaciones, ó mas bien estos hechos, con algunas máximas especulativas de una beneficencia aparente, sacadas de los libros chinos; pero concilien, si pueden, estas máximas con las continuas depredaciones ejercidas por los Chinos sobre todos los pueblos confinantes, con aquella frescura con que asesinan á los prisioneros, con aquella multitud de Príncipes y Reyes, cuya sangre han derramado despues de la victoria, como si fuese de malvados condenados á perecer bajo la espada de la justicia. En el 1777 se vio de esto un ejemplo bien horroroso. Habiendo conquistado los Chinos el reino de Siao, se condujo á Pekin al Rey de aquel país, á su mujer é hijos, y á los principales de su corte; y habiendo sido presentados al Emperador (que pasaba por un modelo de bondad y sabiduría), fueron todos asesinados de su orden, sin que quedase de toda esta familia sino una infeliz niña de cinco años. Es preciso confesar que la politica guerrera de los Europeos, en comparacion de la de la China, es un código de justicia y humanidad.

almirante; el juicio de Anson está confirmado por J. J. Rousseau (*Obras diversas*, t. 1, p. 14), por Montesquieu (*Espíritu de las leyes*, l. 8, c. 21, l. 14, c. 20, l. 12, c. 7, l. 16, c. 8); por varios misioneros, que han pasado la vida en este imperio (*Lettr. edifiantes 24 recueil*, p. 65, etc.), y últimamente, en estos nuestros días, por el autor de las *investigaciones filosóficas sobre los Chinos*, el cual, á pesar de los errores y paradojas, que desfiguran su obra, es el que ha refutado mas victoriosamente las extravagancias de los Europeos sobre la sabiduría y virtudes de los Chinos. La descripción que hace del infanticidio de aquellos países es espantosa, y basta este cuadro solo para formar la idea de una nación abominable (tom. 1, pag. 63). « Ó bien las comadres ó parteras, » dice, ahogan á los niños en lebrillos de agua caliente, » recibiendo su paga por ello, ó los tiran en el rio, des- » pues de haberlos atado á la espalda una calabaza vacía, » de modo que andan los infelices sobrenadando mucho » tiempo antes de morir (*Torrens Reise nach chive Finster brief*); los gritos que entonces dan aquellas criaturitas, » harían estremecer en cualquiera otra parte á la natura- » leza humana; pero allí están acostumbrados á oírlos, » y nadie se conmueve. Otro tercer modo de deshacerse » de ellos es exponerlos en las calles, por donde todas las » mañanas, especialmente en Pekin, pasa una especie de » carros cerrados, en los cuales echan los niños expues- » tos durante la noche, y los llevan para arrojarlos á un » foso ó basurero donde los dejan sin cubrir de tierra, » con la esperanza de que los mahometanos vengán á » sacar alguno; pero muchas veces acaece que antes que » lleguen los carros que deben conducirlos, los perros, ó » bien los puercos, de que andan siempre llenas las ca- » lles en la China, se comen vivas á estas criaturitas. No » he hallado, ni aun entre los antropófagos de la Améri-

1 En el tomo 6º de las *Memorias sobre la China*, se halla una Carta del P. Amiot, en la que se trata de disminuir los horrores del infanticidio chino; pero esta misma Carta, si bien se reflexiona, es una completa confirmación de esta práctica abominable, tolerada y aun autorizada por las leyes nacionales; como lo hice ver en una *Respuesta al P. Amiot*, inserta en el *Diario histor. y liter.* de 1º de mayo de 1780, p. 11.

» ca, ejemplo de semejante atrocidad. Los jesuitas afir- » man, que en el espacio de tres años habian salvado » nueve mil setecientos y dos niños destinados en esta » forma á ser arrojados á los muldares; y eso sin nume- » rar los que habrian sido despedazados en Pekin por los » piés de los caballos, ni los ahogados en los canales, ni » los que los perros y cerdos habrian devorado, ni los » que habian sido sofocados al tiempo de salir del vientre » de las madres, ni los recogidos por los mahometanos, » ni los que perecieran en los lugares donde no habia » jesuitas que los recogiesen y contasen. » A vista de esto, ¿ que se debe pensar de unos filósofos, que ensalzan las costumbres de pueblo semejante sobre todos los frutos y ventajas del Cristianismo?

373. P. ¿Cómo se compone esto con la inmensa población de la China? ¿no se debería mas bien decir, que ella es fruto de un gobierno suave y paternal, y de una sabia administracion de las cosas públicas?

R. 1º Se debe juzgar del Gobierno chino por los hechos que acabamos de referir, y no por efectos dudosos en sí, y en su relación ó correspondencia con el principio de que se supone derivarse.

2º El autor de las *Investigaciones filosóficas sobre el Egipto y la China*, demuestra que la inmensa población que se dice de este último país, es una fábula: y en efecto, hay muchas y buenas razones para asegurar que no llega á treinta millones. Cuanto nos refieren en contrario los viajeros, es un tejido de contradicciones é inconsecuencias. Los cálculos de los PP. Martini, y Berthole se diferencian en cien millones. Los PP. Du-Halde, y le Compte, varían en un millon solo en la ciudad de Pekin; y aun despues de todo esto, los redactores de las *Memorias sobre la China* (impresas en París el 1777) se atreven á presentarnos un censo legal, que hace subir, segun ellos, el número de los habitantes de la China al de 198, 214, 555..... ¡ Dichosos Chinos, que han tenido el medio de formar sus censos legales con tanta exactitud, que no haya una unidad de mas ni de menos; mientras que los Franceses, Alemanes é Ingleses, pueblos tan industriosos y cultos, que viven en países respectivamente á aquel tan pequeños, no han podido hasta ahora determinar su

poblacion sino con algun millon de mas ó de menos de diferencia! Estos benditos Chinos, que matan, asesinan, y dejan comer de los perros y puercos anualmente tantos millares de niños, miran despues con tanto interés los individuos humanos, que forman con la mayor diligencia, y conservan con sumo cuidado un catálogo tan escrupulosamente exacto, que no se equivocan ni aun en una unidad sola. — Esas grandes ciudades de Pekin, y Nankin, etc., en las que se suponen tres ó cuatro millones de habitantes, apenas cuentan treinta ó cuarenta mil¹. Redúzcanse los otros cálculos proporcionalmente, y se verá cuál es la poblacion tan decantada de la China². — No hay cien millones de hombres en toda Europa; y en la China, que no es mas que como tres veces la Alemania³, se quieren poner doscientos millones; y

1 Esta asercion, que parece tan chocante, es sin embargo verdadera. Paris con seis leguas de circunferencia, calles estrechas, casas levantadas hasta las nubes, no pasa de cuatrocientas sesenta mil almas: ¿cómo pues en Pekin, que no tiene mas que cinco leguas de circunferencia, y cuyas calles son de anchas ciento veinte piés, y las casas de un piso solo, que tiene jardines inmensos, y está desierta la mitad (*el cuartel de los Chinos está casi sin habitar*), cuyo centro está ocupado por el palacio del Emperador, cereado de una muralla de dos leguas, ha de haber tres millones? En verdad que si llega á contar cuarenta mil almas se puede dar por un prodigio. Poco mas ó menos se debe decir lo mismo de Nankin, Canton, Hang-Tchon, etc.

2 En las *Descripciones de la China* está todo tan exagerado, que es casi imposible conocer la verdad, si no se tiene la advertencia de disminuir el valor y extension de las cosas tanto como los Chinos procuran engrandecerlas y extenderlas. Sus ballenas, por ejemplo, son de novecientos piés, cuando las mayores de la Groenlandia no pasan de noventa. Me atrevo á decir, que para no dejarse engañar de las imposturas chinas, es preciso atenerse á la proporcion de novecientos á noventa, como á la verdadera distancia de la ficcion á la verdad.

3 Aquí se habla de la China, y no de la Tartaria, que depende de ella, y cuya geografia es tan poco conocida, que de ella no se puede decir mas sino que está en gran parte muy desierta, como consta por las Cartas que ha publicado el P. Du-Halde. ¿Qué caso se debe tampoco hacer de la geografia de los Chinos, cuando se sabe que la loca vanidad de este pueblo ha alterado las reglas mas inmutables de la astronomía? Todos los geógrafos chinos, igualmente que los eu-

al mismo tiempo dejar desiertos vastísimos, donde los tigres tengan su imperio separado, lagunas, arenales secos y estériles, y tierras incultas en gran número? etc., etc., etc.

374. P. ¿Y lo que Boulainvilliers, y algunos otros escritores nos refieren de los Turcos, está mas fundado que lo que Voltaire dice de los Chinos?

R. Hoy en dia hay mas justicia, humanidad, y respeto al derecho de gentes entre los Turcos, que entre los Chinos; y es la razon, porque aquellos tienen mas comunicacion con los Cristianos que estos: sin embargo hay mucho que rebajar de lo que han dicho algunos entusiastas admiradores de todos los pueblos, que no son cristianos. Las paradojas de Boulainvilliers, y del Ab. Du-Bos, han sido sólidamente confutadas por Montesquieu¹. Ya vimos tambien (lib. 3, c. 5, § 3) el juicio que formaba de ellas M. Porter, el cual añade una reflexion sobre las acciones virtuosas, que los apologistas de las naciones infieles van recogiendo afectadamente para formar la descripcion pintoresca de sus costumbres; y es, que apenas (*Observac. sobre la religion, leyes, etc. de los Turcos*, t. 2, pág. 29) se encuentra una en un siglo, y los mismos Turcos la citan frecuentemente como cosa extraordinaria y maravillosa. Sean cuales sean las costumbres de un pueblo, los principios de la ley natural nunca se borran enteramente en él; y así de tiempo en tiempo se encuentran hombres rectos, que reclaman contra el error, y contra los desórdenes públicos. Esto se vió entre los Cartagineses, entre los Scitas, y Hunnos; y se ve hoy entre los Hurones é Iroqueses. La brutal y destructiva poligamia de los Turcos; el vicio contra la naturaleza, que segun la observacion de Montesquieu (*Espiritu de las leyes*, l. 16, c. 6) reina entre ellos, proveniente de la saciedad de los placeres en unos, del celiba-

ropeos que están en la China, están precisados á colocar á este país en el centro del mapa-mundi, aunque su elevacion de polo y todo el estado de la esfera repugnen á esta posicion. El Emperador Kanghi, el mas sensato de los Monarcas chinos hubiera mirado como crimen de estado el atreverse á asignar á la China otro sitio diferente.

1 *Espirit des Lois*, l. 23, c. 3 y 4; l. 16, c. 6; l. 30, cap. 25, etc.

to forzado en otros, ha producido un contagio general¹: el sistema de no predicar el Alcoran sino con el sable en la mano, ó por mejor decir, á sablazos; el horrible despotismo de su gobierno, etc., bastan para hacernos ver las desventajas de este pueblo respecto de los Estados cristianos. Condorcet en el *Elogio* de M. de la Condamine; habla así del Imperio Otomano: « Recorria unos » países, donde los monumentos de la antigüedad, y las » producciones de la naturaleza eran igualmente desco- » nocidas á los pueblos que los habitaban. Las reliquias » de los antiguos habitantes gimen bajo el yugo de un » pueblo scita, afeminado por los placeres, y envilecido » por la esclavitud, sin haber por eso dejado casi nada » de su antigua ferocidad. Allí, mientras que el déspota » hace temblar á los esclavos y tiembla delante de ellos, » el pueblo igualmente hollado por el Señor, y sus saté- » lites, expuesto á todas las injusticias del gobierno, sin » artes, sin agricultura, sin instruccion, sin valor, sin » actividad, sin virtudes, sin costumbres, no ofrece á los » ojos del viajero indignado sino una raza embrutecida » y degenerada. » — « ¿ Mas cómo (dice M. de Tott, di- » rigiéndose á los apologistas de los Turcos) podeis de- » jar de ver contradicciones tan absurdas? ¿ no hay re- » glas seguras y ciertas para conocer la verdad? ¿ Cree- » réis, aunque se os diga, que un manco se sirve de las » dos manos, y que un tuerto ha cerrado aquel ojo pa-

¹ Es indudable que la poligamia es una de las grandes causas de la escasa poblacion del imperio otomano. Sin hablar de la muchedumbre de hombres, que por esta razón están excluidos del matrimonio, « tomemos, dice M. Guys (*Viaje liter. á la Grecia*), al » musulman en su nacimiento: él no puede conocer la ternura » filial: las caricias del padre están por lo comun muy divididas, » para que puedan ser vivas; las de la madre casi son nulas porque » no se ama al hijo de la violencia. Luego que llega á la pubertad » se le dan mujeres, anticipa su uso sobre sus fuerzas, y el mismo » sentimiento se gasta aun antes de que la naturaleza se haya » desarrollado. Los Turcos mas bien educados, se abandonan á » aquellos placeres infames que infestaban antiguamente el her- » moso pais que habitan. » Todas estas observaciones están abundante- » mente confirmadas de las *Memorias del B. de Tott, sobre los Turcos*. París, 1785, 4 vol. en 12^o.

» ra ver mejor con el otro? pues si no creéis semejantes » necedades, ¿ cómo podeis creer que el despotismo tur- » co no destruya las facultades que hacen al hombre fe- » liz? » — Un politico muy prudente aplicaba al gobier- » no de los Turcos, y á sus leyes otomanas, aquellas her- » mosas palabras con que Horacio pintaba la cruel fatali- » dad:

Te semper anteit sava Necessitas,
Clavos trabales, et cuneos manu
Gestans ahená; nec severus
Uncus abest, liquidumque plumbum.

La atroz necesidad que te precede,
Duras escarpas inhumana empuña
Con que clavarte puede;
Y no la falta la apretante cuña,
Ni el garfio retorcido,
Con el herbiente plomo derretido.

§ 4.

375. *P.* Las austeridades y penitencias de los Bracma- nes, de los Bonzos, y de los Imanes, ¿ no son superiores á las de los Santos del Cristianismo?

R. Jamás han hecho consistir los Cristianos el espíritu de su Religion en penitencias que sean destructivas: las que la Iglesia ha aprobado son prudentes y moderadas, ni quitan la vida, de la cual el hombre no es mas que depositario. Pero los penitentes turcos é indios saben indemnizarse, cuantas veces hallan ocasion, de sus fastuosas austeridades. La penitencia no es virtud, sino en cuanto es producida y proviene de una fe pura, una esperanza sólida, y de un arrepentimiento motivado y dirigido por las verdades de la Religion, é inspirado por Dios. — Un rostro pálido, un aire triste y macilento, y cualquiera otra mortificacion exterior, pueden unirse con la mentira, el doblez, la maledicencia, la calumnia, dureza, orgullo, y obstinacion; pero lo que no se une fácilmente con los vicios, ni menos es fácil de contrahacer, ni lo que secta alguna supo, ni podrá jamás imitar, son la humildad, la docilidad, la renuncia de sí mismo, la dulzura y mansedumbre, que son los